



Revista de Fomento Social, 56 (2001), 129-141

# Algunas consideraciones en torno al debate actual sobre el Estado del bienestar

————— José M. CASTILLO SÁNCHEZ SJ \* —————

## 1. El Estado del bienestar

Los economistas y expertos en la gestión de servicios sociales suelen entender por Estado o sociedad del bienestar un sistema de gobierno y de convivencia que se caracteriza por estas tres cosas: 1) una situación de *pleno empleo* o plena ocupación; 2) un sistema de *seguridad social* que alcanza a la totalidad de la población; 3) la generalización de un *alto nivel de consumo* y la garantía de un nivel de vida mínimo incluso para los más desfavorecidos<sup>1</sup>. Es verdad que, en el debate actual sobre el Estado de bienestar, se incluyen, por parte de algunos autores, otros condicionantes, por ejemplo, garantizar la paz social al renunciar las clases trabajadoras a la conflictividad laboral no regulada; o también el hecho fundamental de que exista un cuadro político

---

\* Profesor de Teología en la Universidad Centroamericana (UCA) de San Salvador.

<sup>1</sup> Cf. R. MUÑOZ DE BUSTILLO, *Crisis y futuro del Estado de Bienestar*, Madrid 1989, 55. Citado por J. MIRALLES, *El debate del Estado del Bienestar*, Barcelona 1992 (Cuadernos *Cristianismo i Justicia*, nº 49), 7.

de libertades con soberanía popular, asumido sin discusión por todas las formaciones políticas<sup>2</sup>. Pero, al añadir estos nuevos condicionantes, en realidad, lo que se está diciendo es que el llamado Estado o sociedad del bienestar es un hecho extremadamente complejo, que no depende sólo de la economía y de los condicionantes económicos. Porque este tipo de Estado o de sociedad no depende únicamente de factores económicos, sino de otros múltiples condicionantes, como enseguida voy a explicar.

En efecto, cuando se habla del “bienestar”, mucha gente tiene la tendencia a pensar que eso depende casi exclusivamente del factor económico, es decir, del buen o mal funcionamiento de la economía de un país. De ahí que quienes piensan así están convencidos de que los países ricos y desarrollados son paraísos en los que casi todo el mundo goza del bienestar, mientras que los países pobres y subdesarrollados son poco menos que un infierno en el que todos sus habitantes son unos desgraciados.

El problema, sin embargo, que aquí afrontamos es bastante más complejo. Y por eso necesita un tratamiento interdisciplinar, que no se puede reducir a la economía, sino que, además de eso, ha de tener en cuenta otros ámbitos del saber y de la experiencia humana. Por supuesto, el primer *factor* a tener en cuenta es el *económico*, con todas sus consecuencias. Pero, además de eso, hay que tener muy presente también el *factor político*, con las implicaciones que eso lleva consigo, por ejemplo, en el ámbito del derecho y la justicia. Y en tercer lugar, es decisivo analizar detenidamente el *factor cultural*, en el que juegan un papel determinante la filosofía, la sociología, la ética y la religión, entre otras cosas.

## 2. Factor económico

Como es bien sabido, el Estado de Bienestar o también la sociedad del bienestar ha sido uno de los temas que más han dado que hablar en la segunda mitad del siglo XX. Es verdad que, como se ha dicho con razón, el Estado del bienestar puede rastrearse, en su desarrollo, hasta las leyes isabelinas de pobres en Inglaterra<sup>3</sup>. Pero lo que llamamos hoy Estado de

---

<sup>2</sup> J.A. GARDE y B. PASCUAL ENCUESTRA, *El debate sobre el estado de bienestar. Punto y seguido*, en J.A. GARDE (ed.), *Políticas sociales y Estado de bienestar en España*, Madrid 1999, 19.

<sup>3</sup> A. GIDDENS, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid 2000, 37.

Bienestar tuvo su auge desde los años 50 hasta los 70 del siglo XX. Sobre todo, a partir de la postguerra es cuando se imponen las políticas keynesianas. La crisis del Estado de Bienestar se hizo notar ya en los años 70. Y se constituyó en política pública a partir de los años 80 por los gobiernos de Reagan en EE.UU. y de Margaret Thatcher en Gran Bretaña. En todo caso, se puede decir que el Estado de Bienestar, tanto en su auge como en su crisis, es un fenómeno que históricamente está asociado a un determinado modelo económico. Me refiero, como es lógico, al modelo capitalista, por más que los estados socialistas, a partir de la segunda guerra mundial, tuvieran determinadas características parecidas a lo que ahora llamamos Estado de Bienestar.

Ahora bien, si efectivamente el Estado de Bienestar está asociado históricamente al capitalismo, la primera gran cuestión que aquí se nos plantea es que el Estado o sociedad del bienestar es posible gracias a un sistema económico que, de hecho y sean cuales sean las teorías de cada cual, es un sistema que produce una *concentración creciente de capital*, de manera que cada año que pasa hay menos ricos que son cada vez más ricos, mientras que el número de países, pueblos y personas que viven en la pobreza o incluso en la miseria aumenta progresivamente de manera alarmante. El *Informe sobre desarrollo humano*, que publica cada año Naciones Unidas, lo demuestra así con toda claridad, a partir de la década de los 90.

Por supuesto, yo estoy de acuerdo en lo que afirma el profesor Rafael Termes, de la Universidad de Navarra, según el cual “el sistema de organización socio-económica que designamos con los nombres de liberalismo económico, economía de mercado, economía de libre empresa o, simplemente, capitalismo, es el sistema más perfecto”<sup>4</sup>. Porque, como el mismo Termes explica, “el capitalismo es el sistema que conduce antes y mejor a la riqueza de las naciones”<sup>5</sup>. Pero lo que aquí hay que preguntarse es *¿para quién* es (el capitalismo) el sistema más perfecto? Y además, *¿a qué naciones* ha enriquecido y sigue enriqueciendo? En julio de 1999, el Secretario General de la ONU, Kofi Annan, anunciaba en Ginebra que el número de pobres en el mundo se había duplicado desde 1974. Y así, de los 6.000 millones de habitantes del mundo de 1999, la mitad tenían que sobrevivir con 3 dólares al día; y uno de

<sup>4</sup> R. TERMES, *El liberalismo económico: camino para un mejor futuro*, editado por ADemograf, S.A. 1999, 1.

<sup>5</sup> O.C., 2.

cada dos de estos pobres no ganaba más de 1 dólar al día <sup>6</sup>. Y es que, como cualquiera sabe de sobra, la brecha entre países ricos y países pobres se hace más grande cada año que pasa. Habría que estar ciegos para no darse cuenta y no aceptar que es el sistema económico mismo, es decir el sistema capitalista, el que ahonda más y más esta brecha de sufrimiento, de muerte y de exterminio. Este hecho, en sí mismo brutal, resulta indignante cuando uno piensa en datos concretos. Por ejemplo, según el *Informe sobre Desarrollo Humano 1998*, de Naciones Unidas, mientras que la enseñanza básica para todos los habitantes del planeta podría costar 6.000 millones de dólares anuales, el gasto en cosméticos en EE.UU. asciende a 8.000 millones de dólares. O si el coste de salud y nutrición básica para todos sería de 13.000 millones de dólares, el gasto en alimentos para animales domésticos en Europa y EE.UU. alcanza los 17.000 millones de dólares.

Pero sería un disparate interpretar estos datos desde un punto de vista “moralizante”, como si el problema estuviera en que los habitantes de los países ricos son gentes que han perdido la cabeza y se han pervertido. Gente buena y gente mala hay en todas partes. Lo mismo en los países ricos que en los países pobres. No se trata, fundamentalmente, de un problema de comportamientos éticos. Se trata de un problema estructural. Es la estructura del sistema económico establecido la que no tiene más remedio que producir estos efectos, para que el sistema siga perviviendo. Seguramente, donde esto se ve con más claridad es precisamente en el país más rico del mundo. Porque es el país donde mejor se aplica el sistema económico imperante. Me refiero a los Estados Unidos de Norteamérica. Un par de datos serán suficientes para hacerse una idea de lo que estoy diciendo. Utilizando los resultados de un *Survey*, elaborado por el *Federal Reserve of Consumer Finances* (dependiente del Fondo Federal de Reserva), el profesor de Economía Edward Wolff, de la New York University, ha dado a conocer que el 1 % de los norteamericanos posee, en este momento, más riqueza que el 90 % de los habitantes de ese país. Más aún (y esto es seguramente mucho más grave), el 0,5 % de esos mismos americanos controla el 42 % de todo el capital financiero que se mueve en USA <sup>7</sup>. Después diré algo sobre las consecuencias que esto desencadena en el tejido social. De momento, baste saber que, en

---

<sup>6</sup> J.F. MARIÀ I SERRANO, “La Globalización, ah sí... una maravillosa excusa para muchas cosas” (R.M. Solow. Nobel de Economía), Barcelona 2000 (Cuadernos de *Cristianisme i Justícia*, nº 103), 9.

<sup>7</sup> Chuck COLLINS, Betsy LEONARD-WRIGHT, Holly SKLAR, *Shifting Fortunes: The Perils of the Growing American Wealth Gap*, Boston - United for a Fair Economy, 1999, p. 5.

el país en el que se concentran las mayores fortunas del mundo, hay actualmente 36 millones y medio de pobres<sup>8</sup>. Esto significa obviamente que el país que hoy es el exponente más claro en todo el mundo del Estado de bienestar, es precisamente el país en el que la concentración del capital en pocas personas resulta cada día más evidente.

Ahora bien, los hechos que acabo de indicar plantean *tres grandes cuestiones*, que no podemos silenciar:

1) *¿Es realmente posible el Estado o la sociedad del bienestar?* Quiero decir, ¿son efectivamente realizables las tres condiciones que caracterizan al Estado de bienestar? Por ejemplo, ¿se puede conseguir de verdad el pleno empleo en una sociedad determinada? Cualquier economista, si es un economista bien informado, sabe perfectamente que esto es cada día más discutible. Recientemente, un especialista bien conocido en estas cosas, el profesor David Schweickart, ha escrito lo siguiente: “hemos de concluir que no hay argumentos teóricos sólidos ni evidencia empírica alguna en apoyo de la opinión de que el “Laissez-Faire” tiende al pleno empleo. El desempleo constituye un defecto fundamental de la eficiencia del ideal conservador”<sup>9</sup>. Y resulta significativo que Schweickart se basa, al hacer esta afirmación, precisamente en la obra de M. Keynes sobre la teoría general del empleo<sup>10</sup>. Por otra parte, las dudas que planteo en lo que se refiere al pleno empleo, se pueden plantear (quizá con más razón) en lo que respecta a la seguridad social para todos y en el alto nivel de consumo, si tenemos en cuenta, por ejemplo, los flujos migratorios que cada día son más fuertes y más preocupantes en casi todos los países que se pueden calificar como ejemplo de sociedades del bienestar (USA y Canadá, Unión Europea, etc).

2) *¿Qué futuro tiene el Estado o sociedad del bienestar?* Esta pregunta es, para quienes vivimos en una sociedad que se aproxima al ideal del Estado de bienestar, la más preocupante. Porque este modelo de sociedad, y la economía que la sustenta, nos plantea a todos la gran cuestión de la sostenibilidad y el futuro de este estado de cosas. ¿Estamos seguros de que este bienestar que disfrutamos, en los llamados países desarrollados, va a durar muchos años? No se trata de alarmar a nadie. Se trata simplemente de tener presente

<sup>8</sup> L. DE SEBASTIÁN, *La pobreza en USA*, Barcelona 1998 (Cuadernos de *Cristianismo i Justicia*, nº 85), 3.

<sup>9</sup> D. SCHWEICKART, *Más allá del capitalismo*, Santander 1997, 172-173.

<sup>10</sup> M. KEYNES, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, New York 1936, 27-32.

que nuestro bienestar es posible gracias a un sistema económico que, por su misma naturaleza, produce una concentración creciente de la riqueza, y hasta del capital financiero, en pocos países. Y, dentro de esos países, cada vez en menos personas. Ahora bien, no hay que ser un lince para darse cuenta de que esta dinámica de concentración progresiva y creciente puede provocar, el día que menos lo pensemos, un estrangulamiento del sistema mismo. No olvidemos que las grandes depresiones y cataclismos económico-políticos se producen, a veces, de una manera bastante inesperada, como ocurrió con la gran depresión de 1929 o con el hundimiento del bloque de países asociados al pacto de Varsovia, en el año 89. Por tanto, ¿qué seguridad tenemos de que se pueden asegurar las pensiones en una sociedad en la que hay cada año más viejos y menos jóvenes que aseguren el trabajo y las cotizaciones para el futuro? Por otra parte, si los países más ricos, que son los productores de bienes y servicios de tecnología más avanzada, realizan el 95 % de sus transacciones dentro de su propio ámbito<sup>11</sup>, ¿podemos estar seguros de que semejante organización del mercado resultará estable y tranquilizante en las próximas décadas? A mí me parece que es necesario que nos acostumbremos a hacernos este tipo de preguntas. Porque los grandes gestores de la política y la economía tienden, más bien, a callarse estas cosas. Para no provocar “alarma social”. Y yo no pretendo crear semejante alarma. Lo único que quiero es que seamos conscientes de lo que realmente está pasando en este momento.

3) *¿Qué consecuencias está produciendo este modelo de sociedad?* Me refiero aquí solamente a las consecuencias en el ámbito de la economía. Ahora bien, en este orden de cosas, el sistema que produce nuestro bienestar ha generado un fenómeno del que ahora se habla por todas partes. Me refiero a la *globalización*. Sabemos que en esto hay escépticos (que ponen en cuestión la globalización) y radicales (que la afirman con fuerza). En cualquier caso, me parece acertado decir que “para bien o para mal, nos vemos empujados a un orden global que nadie comprende del todo, pero que hace que todos sintamos sus efectos”<sup>12</sup>. Ahora bien, el efecto más claro y más fuerte es que la “globalización” económica lleva consigo inevitablemente la “exclusión” de dos terceras partes de la población mundial. Lo cual quiere decir que los países, que gozan de la “sociedad del bienestar”, disfrutan de sus beneficios porque hay otros países que sufren las consecuencias aterra-

<sup>11</sup> OECD, *Economic Outlook*, 1998. Citado por J.A. GARDE y B. PASCUAL ENCUESTA, o.c., 22.

<sup>12</sup> A. GIDDENS, *Un mundo desbocado*, 19.

doras que produce la “sociedad del malestar”. El bienestar de unos se produce y crece cada año porque existe y se intensifica cada día el malestar de otros. Es la lógica del mercado, tal como de hecho funciona. Por poner un ejemplo concreto: la cantidad de papel que consumimos en los países ricos es posible gracias a la deforestación de la Amazonía y de grandes extensiones de África, mientras que los bosques no se destruyen al mismo ritmo en USA, Canadá o la Unión Europea. Todo esto quiere decir que eso que llamamos “globalización” no es un proceso que abarca a todo el planeta. La pura y dura realidad es que los beneficios de la economía de mercado no se han mundializado, sino que se han reorganizado según los intereses prevalentes de los tres grandes bloques económicos capitalistas: USA–Canadá, Comunidad Europea y Japón<sup>13</sup>. Por eso, en esos tres bloques – y en los contados habitantes del resto del mundo que pueden vivir como ellos – es donde se da la sociedad del bienestar, mientras que los demás ciudadanos del planeta se ven condenados a tener que contentarse con lo que los opulentos y los satisfechos les queremos dejar. Y esto es así porque, si algo hay claro en este momento, es que nuestro modelo de sociedad del bienestar no es exportable. Es decir, este modelo no es aplicable al mundo entero. Por la sencilla razón de que si todo el mundo se pusiera a consumir lo que nosotros consumimos, las fuentes de energía, que todavía quedan en nuestro planeta, quedarían exterminadas en pocos meses. Así de sencillo y así de trágico.

### 3. Factor político

Aquí la pregunta es: ¿quién es el sujeto mejor capacitado para gestionar el bienestar de los ciudadanos? Quiero decir: el gestor del bienestar, ¿debe ser el *Estado* o debe ser la *sociedad* en general? Según la respuesta que se dé a esta cuestión, se hablará de Estado de bienestar o más bien de sociedad del bienestar. Como es lógico, detrás de estas expresiones se esconde uno de los problemas más serios que tiene planteados la sociedad en este momento. Porque, como es obvio, lo que aquí está en juego es si el sistema más eficaz, para conseguir que la gente viva bien, es un sistema estatista, es decir, un sistema en el que el Estado (a través de su gobierno) es quien decide y gestiona lo que hay que hacer para que los ciudadanos consigan el bienestar.

<sup>13</sup> Cf. DIE GRUPPE VON LISSABON (eds.), *Grenzen des Wettbewerbs. Die Globalisierung der Wirtschaft und die Zukunft der Menschheit*, Darmstadt 1997, 108–109. Ver también: K. OHNMAE, *Macht der Triade. Die neue Form weltweiten Wettbewerbs*, Wiesbaden 1985.

O, por el contrario, quien decide y gestiona eso es la iniciativa privada mediante el libre mercado. En el primer caso, lo que se impone es un modelo (económico y político) de orientación socialista. En el segundo caso, lo que prevalece es el modelo capitalista.

Como sabemos, a partir de la caída del muro de Berlín, el sistema que se ha impuesto, en casi todo el mundo, ha sido el capitalista. Esto quiere decir que la convicción dominante, en este momento, es que el *libre mercado* será el que proporcionará (con más eficacia que la gestión directa de los Estados) el bienestar que los ciudadanos apetecen. Sabemos que esta convicción se nutre de las ideas sobre el *Estado mínimo* de los llamados “Filósofos de la política libertaria”: Nozick, Hayek o Friedman<sup>14</sup>. De esta convicción participan, de una u otra forma, los políticos e ideólogos conservadores y liberales, que, como es lógico, prefieren hablar de *sociedad del bienestar* y no de *Estado de bienestar*. Esta preferencia no se reduce, naturalmente, a un simple capricho lingüístico. Es un asunto mucho más serio. Porque el Estado de bienestar es un concepto más ligado a los partidos socialdemócratas, mientras que la sociedad del bienestar resume la propuesta de los partidos de centro-derecha cuya convicción es dejar al “tejido social” (Fundaciones, Empresas, Asociaciones...) las iniciativas de implantación de servicios sociales en orden a conseguir el bienestar que la gente tanto desea.

Para terminar este apartado (sobre el factor político), me parece necesario indicar que la solución a todo este complejo asunto no es la “tercera vía”. Porque, quien se ha tomado la pequeña molestia de leer el libro de Tony Blair, enseguida se da cuenta de la razón que tiene Gary S. Becker (premio Nobel de economía) cuando dice que “la *Tercera Vía* es una vía de derechas”<sup>15</sup>. O, como ha indicado Oskar Lafontaine, de manera más cáustica, “la *Tercera Vía* no va a ninguna parte”<sup>16</sup>. Seguramente, el problema de fondo que hay en todo esto está en saber si el camino de las privatizaciones es el más eficaz para conseguir el bienestar de todos los ciudadanos. Insisto en que se trata del bienestar de “todos”, no de “algunos”, los mejor situados en el conjunto de

<sup>14</sup> Para una información sobre esta tendencia, cf. J. ARTHUR, W. SHAW (eds.), *Justice and Economic Distribution*, Englewood Cliff, Prentice Hall 1991; S.K. O'RYRNE, *Economic Justice and Global Trade: An Analysis of The Libertarian Foundations of the Free Trade Paradigm*. The American Journal of Economics and Sociology 55 (1996) 1–17. Cf. J. CAMARERO SANTAMARÍA, *El déficit social neoliberal. Del Estado del bienestar a la sociedad de la exclusión*, Santander 1998, 38–39.

<sup>15</sup> EL PAÍS, 27.VIII.2000.

<sup>16</sup> O. LAFONTAINE, *El corazón late a la izquierda*, Barcelona 2000, 227.

la sociedad. Digo esto porque, como es evidente, una empresa privada funciona normalmente mejor que una empresa pública. Pero lo que hay que preguntarse es, si en una sociedad determinada, todos los ciudadanos tienen posibilidades de acceso a la empresa privada. Por ejemplo, todos sabemos que en USA existen las mejores clínicas privadas del mundo. Pero, ¿quién puede costearse esas clínicas? Esta pregunta resulta más inquietante cuando uno se entera de que, en EE.UU., hay 40 millones de personas (el 15,4 % de la población) que no disfrutan de ningún tipo de seguridad médica<sup>17</sup>. O sea, los ricos de allí están mucho mejor que los ricos de aquí, mientras que los pobres de allí están mucho peor que los pobres más pobres de nuestra “pobre” España.

Lo peor, en esta cuestión, es que hay señales de alarma que indican que a nosotros también nos quieren empujar a que nos parezcamos lo más posible a la sociedad americana. En este sentido, el pasado mes de julio, la revista francesa, *Le Monde Diplomatique*, publicaba, en su primera página, un informe de Susan George y Ellen Gould según el cual, después del fracaso de Seattle, en la Unión Europea se prepara activamente la privatización de la salud y de la educación. Si en este asunto tiene algo que ver la Organización Mundial del Comercio (OMC), como sugiere el citado informe, es cosa que se puede discutir. En cualquier caso, lo que se puede sospechar razonablemente es que de esto los políticos no parecen tener interés en que se sepa gran cosa. Porque es una maniobra impopular. Más en concreto, el informe que he citado (que hasta ahora no parece haber tenido una réplica adecuada por parte de quien tendría que refutarlo, si es que no se ajusta a la verdad) indica que, para dismantelar los servicios indicados (salud y educación), se cuenta con un gestor eficaz. Se trata del comisario Pascal Lamy, del que se puede preguntar a partir de qué mandato actúa y qué cuentas rinde a los Estados miembros de la Unión Europea. Son cosas que nadie sabe. Y que suscitan razonablemente dudas sobre su veracidad. Porque Pascal Lamy es Comisario europeo, y tiene unas funciones previstas en los Tratados aprobados por los Parlamentos o pueblos de los países miembros de la UE. La Comisión que preside Pascal Lamy no tiene tanta autonomía ni competencias como para privatizar la salud. De todas maneras, para nadie es un secreto que las tendencias neoliberales y privatizadoras se van imponiendo en la UE. Y sabemos que existen intereses inconfesables para que la opinión pública no se entere de lo que posiblemente se está gestando en asuntos tan serios como los que acabo de indicar.

<sup>17</sup> L. DE SEBASTIÁN, *La pobreza en USA*, 4.

#### 4. Factor cultural

Aquí tocamos, según creo, la cuestión más delicada. Y la que más nos afecta a cada uno de nosotros. Recientemente, el inspirador de las ideas de Tony Blair y Gerhard Schröder, el conocido sociólogo Anthony Giddens, escribía lo siguiente: “De todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada... Hay en marcha una revolución mundial sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos y cómo formamos lazos y relaciones con los demás”<sup>18</sup>. Esto es cierto hasta tal punto que el mismo Giddens añade: “No podemos abstraernos del torbellino de cambios que llegan hasta el corazón mismo de nuestra vida emocional”<sup>19</sup>.

A primera vista, puede parecer que los cambios, que se producen en nuestra intimidad, nada tienen que ver con el Estado de bienestar. La cosa, sin embargo, se comprende en cuanto uno cae en la cuenta de que el Estado de bienestar, precisamente porque se basa en el sistema capitalista, se está imponiendo *como reducción del mundo a mera mercancía*<sup>20</sup>. El éxito de los Estados, de las instituciones, de las empresas y de los individuos se concibe y se programa en términos de ganancia económica, de acumulación de capital en el sentido puro y duro de la expresión. No se trata del egoísmo de siempre. Ni siquiera de la avaricia de otros tiempos. Se trata de que en función de la ganancia y en torno al beneficio se concibe y se organiza todo lo demás. No sólo la economía, como es natural, sino también la política, la educación, la convivencia y, a veces, hasta la religión. Es significativo, por ejemplo, que a la casi totalidad de los estudiantes de hoy les interesan cada día menos los conocimientos y cada día más la capacitación para obtener pronto un buen puesto de trabajo en el que tengan asegurado un futuro económico brillante. Como es igualmente significativo que abunden los individuos que no dudan en envilecerse y tirar por tierra una carrera de prestigio, con tal de acumular millones con los que luego no saben qué hacer.

Esta situación global es la expresión concreta de un problema de fondo, seguramente el problema más grave al que ahora todos nos vemos enfrentados. Me refiero al problema que representa este nuevo “espíritu” que lo

---

<sup>18</sup> A. GIDDENS, *Un mundo desbocado*, 65.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> Cf. E. ALTVATER, B. MAHNKOPE, *Die Grenzen der Globalisierung*, Münster 1997, 49. Por eso, estos autores hablan de un programa para un “Durchkapitalisierung der Welt”. O.c., 589.

domina todo, esta nueva “mentalidad” que reduce la economía a mercantilidad rentable y que, por tanto, tiene el constante peligro de traducir en moneda contante y sonante todas las relaciones humanas. Hoy ya no interesa la *economía* como tal o las teorías económicas. Lo que interesa es el *mercado* y sus ganancias. Y esto interesa hasta tal punto que, con razón, ya se habla de la “metafísica” del mercado neo-liberal<sup>21</sup>. Porque si “metafísica” tiene que ver con el horizonte histórico a cuya luz se decide en qué relación está el hombre con los seres y su mundo, parece evidente que entonces el neo-liberalismo es una “metafísica”, porque pretende precisamente enmarcar y definir el horizonte desde el cual debemos comprender lo que somos y debemos ser, nuestras relaciones con los otros y con la naturaleza<sup>22</sup>.

La consecuencia, que lógicamente se sigue de lo dicho, es que está apareciendo un nuevo tipo de hombre, en el que se ha producido, no sólo una “transformación de la intimidad” o una “reorganización de la subjetividad”<sup>23</sup>, sino algo mucho más radical: un sujeto marcado por la conciencia de que las relaciones con los otros son fundamentalmente relaciones mercantiles. No digo que esto nos suceda a todos. Ni tampoco que suceda siempre. Lo que digo es que éste es el nuevo tipo de hombre que se está configurando.

Voy a poner algunos ejemplos para confirmar lo que estoy diciendo. Recientemente, el escritor polaco Ryszard Kapuscinski decía que la pobreza ya no genera “revoluciones”<sup>24</sup>. Y así es efectivamente. Ahora la pobreza genera “migraciones”. Hasta hace sólo unos años, las gentes de América y África se mataban en guerras civiles. Ahora se vienen hacia Europa o EE.UU., jugándose la vida y dispuestos a pasar todas las penalidades y humillaciones que hagan falta. ¿Por qué? Porque el reclamo de la sociedad del bienestar es más fuerte que la muerte. Y como la brecha entre países ricos y países pobres es más grande cada año, se puede pensar razonablemente que el aluvión de inmigrantes, en busca de bienestar, no va a disminuir, sino que va a aumentar en los próximos años.

Otro ejemplo. Todos los días y por todas partes se habla de la crisis del

<sup>21</sup> Cf. U. BECK (ed.), *Was ist Globalisierung?*, Frankfurt 1997, 196.

<sup>22</sup> R. FORNET-BETANCOURT, *Die Globalisierung aus philosophischer Sicht*, en R. FORNET-BETANCOURT (ed.), *Kapitalistische Globalisierung und Befreiung*, Frankfurt 2000, 75–76.

<sup>23</sup> A. GIDDENS, *Konsequenzen der Moderne*, Frankfurt 1996, 141; 218. Citado por R. FORNET-BETANCOURT, o.c., 77.

<sup>24</sup> EL PAÍS, 31.XII.2000.

matrimonio y de la familia. Los matrimonios que se separan y las agresiones dentro de las familias son tan incontables, que ya todo eso nos resulta algo con lo que nos hemos familiarizado, hasta no darle demasiada importancia. El contraste curioso está en que, mientras el “matrimonio” se desintegra, la “pareja” se afianza, de manera que “emparejarse” o “desemparejarse” son ahora una mejor descripción de la situación de la vida personal que el “matrimonio y la familia”. Es más importante, para muchas personas, la pregunta “¿tienes una relación?” que “¿estás casado?”<sup>25</sup>. Esto también tiene que ver con la sociedad del bienestar. Porque el matrimonio y la familia tenían su consistencia, no sólo en el amor, sino en otros factores, como eran los intereses económicos, sociales, las tradiciones culturales, la religión. En la sociedad del bienestar, todos esos factores se han trastocado. Y algunos se han visto modificados sustancialmente. Por eso pasa lo que está pasando.

Más aún. Los que vivimos en países ricos nos sentimos orgullosos de nuestro progreso. Pero no nos damos cuenta de que, mientras las gentes del Tercer Mundo viven en países “oprimidos”, nosotros vivimos en países “deprimidos”. Nunca tuvieron los psiquiatras y psicoterapeutas tantos clientes como tienen ahora. Antes, casi todo el mundo tenía su “confesor”. Ahora, cada cual se busca su “psiquiatra”. Todo esto nos viene a decir que otra de las grandes cuestiones del momento es el malestar en la cultura del bienestar.

Y, todavía, un ejemplo más. Mucha gente se imagina que la sociedad del bienestar es un logro definitivo que no va a tener marcha atrás en los países desarrollados. Incluso hay quienes se imaginan que esto va a ir a más en los próximos años. Sin embargo, no estará mal que nos preguntemos: ¿va a ser esto así realmente? Sin ir más lejos, está el asunto de las pensiones. Cada año hay más jubilados. Y los jubilados duran, en su jubilación, cada vez más años. Y más que van a durar, afortunadamente. Pero ocurre que la población joven disminuye de manera alarmante. Entonces, la pregunta es: ¿quién nos va a asegurar las pensiones en el futuro? Pero es que no hay que esperar al futuro. El problema ya está aquí. Muchos jubilados no se han enterado de que el gobierno actual ha dado un decreto según el cual los pensionistas que tienen otros ingresos (controlados en Hacienda), se verán privados del “complemento por mínimos”, es decir, el complemento que perciben las pensiones más bajas. Es más, según un real decreto del 5 de febrero de 1996, los que hayan percibido ese complemento en los dos últimos años, lo tienen que devolver a las arcas del Estado. De manera que cualquier día, Vd. puede

---

<sup>25</sup> A. GIDDENS, *Un mundo desbocado*, 72-73.

recibir una carta de la Seguridad Social en la que le comunican que le reducen sensiblemente la pensión y que, además, tiene que devolver al Estado cerca de medio millón de pesetas. ¡Señores!, los recortes en el Estado del bienestar ya están aquí.

## 5. Conclusión

Termino ya. Sólo me queda indicar que cuanto he dicho no son cosas tomadas de las ciencias exactas. Todo lo que he dicho es discutible, quizá más discutible de lo que yo me imagino. En cualquier caso, lo que yo he pretendido es presentar aquí una serie de hechos. Unos hechos, que nos gustarán o nos pondrán nerviosos. Pero los hechos ahí están. Otra cosa es la interpretación que cada cual dé a esos hechos. La interpretación sí es discutible. Y mucho. Sobre todo, si tenemos en cuenta que se trata de hechos que, para ser analizados, necesitan un tratamiento interdisciplinar. Porque en todo esto se implican (entre otros saberes) y se entrecruzan, como ruedas dentadas, la economía, la política, la sociología, el derecho, la filosofía, la ética e incluso la religión.

Es más, me atrevería a decir (no sé si por deformación profesional) que, en todo esto, juega un papel decisivo la religión. Si entendemos por religión el referente último que legitima y da sentido a nuestra manera de pensar y a nuestra forma de vivir. Ahora bien, el “pensamiento único”, que ha sustituido el “bienestar” por el “confort”, es la gran religión a la que todos rendimos culto. Según eso, quizá el nudo de la cuestión a debatir esté bien formulado en el siguiente texto de Oskar Lafontaine: “El neo-liberalismo, científicamente ataviado y apoyado por el poder mediático, se ha convertido en una especie de ideología conservadora que se ha presentado como ‘Fin de las ideologías’ y ‘Fin de la Historia’. La clamorosa demanda de menos Estado es, con demasiada frecuencia, la demanda de menos democracia. Las decisiones democráticas de la política han de sustituirse por los mercados y, como tantas veces en la historia, son muchos los que se adaptan al espíritu dominante de la época”<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> O. LAFONTAINE, *El corazón late a la izquierda*, 14.